

Estados Unidos: guerra preventiva. ¿Hacia el absolutismo global o crisis de hegemonía?*

Erick Pernet García

Resumen

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas y el Pentágono, en el escenario de crisis socio-económica en que se encontraba sumida la economía mundial a principios de siglo, agravaron la recesión que se iniciaba en Estados Unidos al empezar ese mismo año, luego del largo ciclo de expansión que se vivió en este país durante la década de los noventas del siglo XX. En el presente artículo se analiza el agresivo viraje en la geopolítica global a favor de Washington, justificada tras el anuncio del presidente George W. Bush de desatar una guerra a largo plazo contra el "terrorismo" internacional, que permite a Estados Unidos legitimar la invasión a Afganistán y el posicionamiento estadounidense en Asia Central y sus reservas energéticas de gas natural.

Abstract

The attacks against the Twin Towers and the Pentagon in September 11, 2001, affected the economic recession going on in the United States. This country had a strong economic growth in the 1990s. This article looks into the global geopolitics, which favor Washington. President George W. Bush's uses "terrorism" to justify the invasion in Afghanistan. It also provided good standing of the U. S. in Central Asia, especially over its natural resources of gas.

Preámbulo

Partiendo de este preámbulo, que presenta ciertas consideraciones metodológicas e históricas generales, el presente artículo indaga los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 desde la perspectiva del eventual ascenso de un absolutismo global en ciernes encabezado por Estados Unidos,¹ articulando la lógica interna de algunos hechos de trascendencia acaecidos después del primer aniversario del 11 de septiembre, en su conexión con la estrategia estadounidense de atacar e invadir a Iraq.

* Trabajo presentado en el XXIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), en Arequipa, Perú, en noviembre de 2003.

¹ *Absolutismo* será entendido como aquella forma de gobierno caracterizada por una monarquía ilimitada, basada en la arbitrariedad, donde el poder político (ejecutivo, legislativo y judicial) se concentra por entero en manos de una persona o entidad denominada 'Monarca'.

Asimismo, se analiza la forma en que se materializó la amenaza de guerra ya anunciada en la promulgación del llamado *eje del mal* en enero de 2002 por el presidente George W. Bush, y cómo se configura esta estrategia bélica a partir de un conjunto de presiones internacionales hábilmente ejercidas por Washington sobre la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y su Consejo de Seguridad,² que se formalizaron el 12 de septiembre, cuando Bush presenta oficialmente ante este organismo una solicitud para desarmar a Iraq, amparado en la conmemoración del primer aniversario del 11 de septiembre. A partir de entonces la Casa Blanca implementa dicha estrategia por medio de una sucesión de acciones articuladas tales como:

- La presentación de la denominada nueva Estrategia de Seguridad Nacional ante el Congreso, el 20 de septiembre.
- El abierto desacato de Israel a la Resolución 1435 del Consejo de Seguridad, cuatro días después, con el apoyo exclusivo de Washington.
- La concesión de inmunidad otorgada por la Unión Europea (UE) a Estados Unidos en la Corte Penal Internacional (CPI), a fines de septiembre.
- La autorización del propio Congreso estadounidense al presidente Bush para atacar a Iraq sin respaldo del Consejo de Seguridad, aprobada el 10 de octubre y firmada por el presidente una semana después.
- El reforzamiento de su política de guerra internacional contra el terrorismo en Asia Pacífico, como resultado de una serie de atentados ocurridos en esa región desde principios de octubre y que culminaron en Bali, Indonesia, el 12 de ese mismo mes.
- La ratificación formal por parte del presidente de Estados Unidos, el 22 de octubre, del gigantesco presupuesto de defensa 2002-2003, acompañado del reforzamiento de la presencia militar estadounidense en Medio Oriente, el Golfo Pérsico y el Mediterráneo.
- La acusación de Washington a Corea del Norte de producir armas nucleares.
- La presión ejercida, entre bastidores, contra el gobierno ruso a raíz de la polémica operación de rescate de los rehenes secuestrados por el comando checheno en el teatro de Moscú, el 23 de octubre.
- La presentación formal al Consejo de Seguridad por parte de la administración Bush el 25 de octubre, de su propuesta de resolución sobre Iraq auspiciada por Inglaterra.

² El Consejo de Seguridad de la ONU está compuesto por un total de quince miembros, de los cuales cinco son permanentes (Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia y China) y diez son elegidos por la Asamblea General para periodos de dos años. En la vigencia de 2002, Siria, Bulgaria, Camerún, Guinea y México continúan hasta diciembre de 2003; mientras que Singapur, Colombia, Irlanda, Mauritania y Noruega terminaron su periodo en diciembre de 2002, y fueron reemplazados por Alemania, España, Chile y Angola que permanecen hasta diciembre de 2004.

Con los acontecimientos de principios de febrero de 2003 –marcados por el informe de los inspectores de armas de la ONU al Consejo de Seguridad, el subsiguiente discurso del estado de la Unión presentado por el presidente Bush y el nuevo abanico de divisiones y alianzas que nutre las crecientes presiones diplomáticas y militares ejecutadas sobre Naciones Unidas y la comunidad internacional, como antesala de la guerra– se cierra el periodo de legitimación política del ataque y se abre un nuevo capítulo hacia la ofensiva militar introduciendo, con el posible escalamiento de una guerra en Medio Oriente y sus repercusiones globales, un nuevo componente de incertidumbre e inestabilidad en el complejo entramado de la geopolítica mundial heredado de la Guerra Fría.

A partir de ello se estudian ciertos hechos políticos articulados, que desde febrero de 2003 ablandaron las resistencias presentadas por los opositores a la guerra y abonaron el terreno para ejecutar el ataque, contrarrestando el impacto de una emergente coalición intraeuropea y los *impasse* surgidos al interior de la OTAN, la UE, Turquía y el Consejo de Seguridad, abriendo un conjunto de interrogantes derivadas de la decisión unilateral de Estados Unidos de atacar a Iraq el 19 de marzo, dando inicio a la guerra contra ese país.

Finalmente, el trabajo se cierra con un corolario que plantea una serie de cuestionamientos e inquietudes referidos tanto al desenvolvimiento y las causas de la guerra, como al nuevo rol desempeñado por Estados Unidos, la ONU y el Consejo de Seguridad.³

Lo estructural y lo coyuntural

El análisis de los antecedentes y las consecuencias de un acontecimiento histórico de tanta trascendencia y repercusión geopolítica global como el ocurrido el 11 de septiembre de 2001 –cuyo impacto sobre Estados Unidos desestabilizó el centro neurálgico del sistema capitalista mundial– exige, para su comprensión, separar y conectar simultáneamente la relación causal de interdependencia existente entre los componentes estructurales –que determinan la dinámica interna del sistema– y las manifestaciones coyunturales del fenómeno en su desenvolvimiento secuencial.

Para empezar, es preciso diferenciar sucintamente lo estructural de lo coyuntural. Desde una perspectiva teórica general, la estructura constituye –en una sociedad– la relación histórica fundamental de base, el substrato histórico material predominante en un proceso de desarrollo, que determina la naturaleza y dinámica del sistema social, cuya complejidad dialéctica –es decir contradictoria– articula la unidad de múltiples elementos y componentes diferenciados en el plano

³ Por su importancia histórica y política en la lógica y la trayectoria general de los acontecimientos analizados confiéranse, en las páginas WEB correspondientes (ONU, <http://www.un.org/spanish/>), las Resoluciones 1441 (8 de noviembre de 2002, <http://www.un.org/spanish/docs/comitesanciones/661/IraqResolutionsEng.htm>), 1472 (29 de marzo de 2003), 1483 (22 de mayo de 2003), 1500 (14 de agosto de 2003) y 1511 (16 de octubre de 2003) del Consejo de Seguridad, más el texto emitido después de la Cumbre de Azores, Portugal (“Un proyecto para Iraq y para el pueblo iraquí”, 16 de marzo de 2003). Por razones de espacio estos documentos no han sido incluidos en el presente artículo (Nota editorial).

social, político, ideológico, económico, etcétera, al interior de un modo de producción dominante, convertido en el crisol donde se funde la diversidad de estos elementos, en una totalidad sincrónica y articulada que determina la naturaleza del sistema en su conjunto, como diría Marx, en una "síntesis de múltiples determinaciones" (1975:21).

La coyuntura, por el contrario, constituye la expresión o manifestación exterior de la estructura en sus momentos de crisis periódica, la cual actúa como mecanismo dialéctico de ajuste estructural que permite el desenvolvimiento y la construcción histórica de dicha estructura, hasta el momento en que se agoten los límites de su reproducción y se generen las condiciones de su auto-destrucción en medio de una coyuntura en la que se transforme cualitativamente. En este sentido, la estructura se desarrolla históricamente a través del desenvolvimiento de múltiples coyunturas; al tiempo que las coyunturas expresan y sintetizan el grado de complejidad y contradicción interna de la estructura en su desarrollo, permitiendo el ajuste transitorio del sistema en su proceso dialéctico espacio-temporal.

Desde esta perspectiva, estructura y coyuntura configuran una unidad dialéctica indisoluble, como las dos caras de una misma moneda, donde lo estructural constituye la base material interna del sistema social, la síntesis y compendio de su evolución dialéctica que define su permanencia, continuidad y temporalidad histórica, y constituye, por tanto, el objeto científico de análisis y elaboración teórica fundamental. Lo coyuntural, por el contrario, representa la manifestación externa del movimiento y construcción histórica de la estructura, el dato empírico derivado: lo particular, lo específico; y por tanto, como momento epistemológico, el punto de partida de la reflexión conceptual y el conocimiento.

Sin el análisis de la coyuntura no sería posible el estudio lógico de la estructura, pues aunque esta última determina a la primera en su magnitud y complejidad, lo coyuntural posibilita y da continuidad al desarrollo estructural del sistema como un todo.

En esa medida, la estructura y su grado material de desarrollo sólo pueden comprenderse a partir del estudio de la coyuntura; es decir, que el contenido real de la primera sólo se hace perceptible y aprehensible a través de la forma transitoria, pasajera y aparente de la segunda.

El estudio de esta dialéctica entre lo estructural y lo coyuntural, a partir del seguimiento de la coyuntura en curso, es, pues, un punto de partida metodológico y epistemológico fundamental para la comprensión del impacto estructural del 11 de septiembre, sus antecedentes y consecuencias, en el marco del actual proceso de globalización y reordenamiento geopolítico mundial. El carácter aparentemente imprevisto de los atentados y la nueva coyuntura mundial que se genera a partir de la guerra contra el terrorismo decretada por Estados Unidos tienen, como contrapartida y trasfondo, la profunda crisis estructural del sistema capitalista global, apuntalada desde principios de siglo por la aguda contracción de la economía estadounidense a la cabeza del sistema.

En esta perspectiva, el presente escrito constituye un intento preliminar por entender lógicamente algunos movimientos estratégicos efectuados desde los últi-

mos meses del año 2002 por los centros de poder estadounidense, como consecuencia y al amparo del primer aniversario del 11 de septiembre, dirigidos a consolidar el montaje estructural de un aparato político de dominación imperial de alcance global, sin antecedentes históricos, controlado por Washington.

Se trata fundamentalmente de una reflexión acerca de ciertas jugadas estratégicas que, en el curso de unos meses, han modificado el equilibrio del ajedrez mundial, basada principalmente en el análisis de la coyuntura internacional difundida en internet, prensa, radio y televisión, por los centros internacionales de información como Associated Press, Reuters, AFP, EFE, o CNN, con todas las limitaciones y sesgos inherentes a la parcialidad de esas fuentes, representativas de intereses geopolíticos de los centros de poder mundial; y apoyada, además, en la lectura de revistas, libros, enciclopedias, ensayos y el conocimiento personal del autor.

Enfocados los acontecimientos del 11 de septiembre a la luz de esta óptica y enmarcados en una perspectiva histórica reciente, parece evidenciarse que el atentado surge como un resultado coyuntural que trasluce y oculta el trasfondo económico de la crónica crisis estructural en que están sumidos la economía capitalista global y el mercado mundial desde principios de la década de los noventa, junto con la economía estadounidense, desde inicios de este siglo, como resultado de la fase de contracción en que entró el ciclo económico del capitalismo mundial desde finales de la pasada centuria, acentuada con el derrumbe del bloque soviético y el auge de la globalización neoliberal liderada por el propio Estados Unidos y sus aspiraciones de dominación mundial (Pernett, 2001a).

Desde esta perspectiva, los atentados aparecen más como el efecto coyuntural, derivado de una crisis estructural, que como la causa o detonante de la misma, aunque finalmente han terminado retroalimentando de forma contradictoria una espiral de conflictos, legitimados con la consigna de una guerra internacional contra el terrorismo. Aunque aparentemente puedan ofrecer un respiro temporal a la crisis, dichos conflictos amenazan más bien con profundizarla, acentuando el declive del sistema y generando el mórbido apareamiento entre una doble tendencia destructiva: por un lado, la creciente debilidad de la economía mundial, y por el otro, el reforzamiento del militarismo y la guerra, relanzados como alternativa ideológicamente justificada y promovida tras un auge terrorista global. En consecuencia, la crisis estructural del modo de producción capitalista ha generado, como contrapartida supraestructural, una coyuntura política de mayor violencia, terror y militarización mundial desde principios del siglo XXI (Pernett, 2001).

Los designios

En el contexto de la crisis global ya descrita, los antecedentes del atentado del 11 de septiembre estuvieron marcados por el inicio de una fuerte recesión económica en Estados Unidos a principios de 2001, síntoma y resultado del deterioro estructural del sistema capitalista, agotado tras un largo periodo de contracción que se extendió durante el último cuarto del siglo XIX —y que se expande poste-

riormente al final de la Segunda Guerra Mundial-, y que pareció profundizarse a principios de los noventas, luego de la desintegración del bloque soviético y el derrumbe de la bipolaridad geopolítica, afectando primero a Japón y extendiéndose luego a Europa y a los mercados emergentes de América Latina (México, Brasil y Argentina), al Pacífico asiático y a Europa Oriental (Rusia, Turquía, etcétera), hasta arrastrar finalmente a Norteamérica a principios de siglo, originando una coyuntura de recesión generalizada de carácter sistémico (*Ibid*).

Es en este contexto de recesión internacional que se producen los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, cerca de seis meses después de haber iniciado, en el mes de marzo, la recesión de la economía estadounidense, la cual, curiosamente, sólo fue reconocida públicamente después del 11 de septiembre. Lo anterior refuerza la versión presentada por el periodista francés Thierry Meyssan (2002), en su libro *La terrible impostura: 11 de septiembre de 2001*, en el sentido de que el atentado fue producto de una conspiración fraguada al interior de los círculos de poder del propio Estado norteamericano, para legitimar ciertos intereses geopolíticos.

Independientemente de las sombras que enturbian la verdadera autoría intelectual y material del 11 de septiembre, lo cierto es que gracias a este atentado Washington pudo darle un insospechado tizonazo en su favor al curso de la política internacional, haciendo a un lado, como por arte de magia, y restando toda atención a la crisis económica interna, para colocar en primer plano su consigna de guerra internacional contra el terrorismo, que desde entonces se convirtió en el plato fuerte de la agenda global estadounidense. Dicha consigna se erigió en el principal, si no es que en el único componente de su actual política interna y externa, que terminó imponiéndose a toda la comunidad internacional, por la fuerza de la diplomacia y la presión, como paradigma dominante y principio rector de las relaciones internacionales, en todo evento, cumbre, conferencia, foro, etcétera, que ha ido impregnando todos los ámbitos de la geopolítica, el comercio, las finanzas y la cultura, hasta convertirse en el estereotipo político de moda.

En el marco de esta coyuntura de guerra internacional contra el terrorismo, proclamada unilateralmente por Washington después de los atentados, y acolitada –sumisa e incondicionalmente– poco a poco por gran parte de Europa, Rusia, China, Japón y las periferias dependientes, Estados Unidos inició primero la guerra contra Afganistán a principios de octubre de 2001, justificada en el presunto apoyo que el gobierno Talibán brindaba a Ben Laden y a su organización terrorista Al Qaeda –a quienes el presidente Bush inculpó desde un principio de la autoría de los atentados sin aportar mayores pruebas–, y que le permitió ampliar su zona de influencia en Asia Central y ejercer un mayor control sobre las reservas energéticas de gas y petróleo en la región y sus vías de acceso.

A mediados de noviembre, luego de la aplastante “victoria” militar de Estados Unidos sobre Afganistán –después de poco más de un mes de implacables bombardeos–, y como resultado del saludable efecto económico que pareció generar la guerra en Estados Unidos, tendió a producirse un receso en la crisis económica

y un nuevo relanzamiento de la economía estadounidense, estimulando coyunturalmente altos índices de crecimiento en su Producto Interno Bruto (PIB) durante el último trimestre de 2001 y los dos primeros de 2002.

Sin embargo, desde mediados de 2002, el fantasma de la crisis estructural volvió a aparecer; crisis ya anunciada, de alguna manera, con la súbita e imprevista tormenta política y financiera originada, en diciembre de 2001, por el escándalo sin precedentes desatado por la empresa Enron –importante multinacional estadounidense de energía–, cuya quiebra destapó una serie de escándalos contables en otras importantes corporaciones transnacionales norteamericanas a mediados de 2002, tales como la World Com, la Arthur Andersen, la AOL Time Warner, la Qwest, la Global Crossing, la Tyco y otras, que gracias a fraudulentos procedimientos de contabilidad habían logrado ocultar sus bancarrotas y estafar a sus clientes y accionistas. Dicha situación dio origen, a fines de julio, a fuertes descalabros en Wall Street (*El Tiempo*, 20 de julio de 2002:1 a 13) que arrastraron en su caída a las bolsas de Europa, Asia y América Latina, poniendo al desnudo, con ello, el grado de fragilidad económica en que se encontraba la gran potencia del norte.

En medio del bochornoso espectáculo que ofrecían las otrora prestigiosas corporaciones, junto con sus directivos e importantes casas de auditoría y corretaje que las habían encubierto y patrocinado, colocando en tela de juicio y desvirtuando la imagen de pulcritud, honradez y transparencia erigida sobre el sistema económico norteamericano –que del modelo ético que representaba para el capitalismo occidental se había convertido de pronto en el paradigma de un capitalismo tramposo–, el presidente Bush proclamó, a principios de enero de ese año, en su discurso de la Unión ante el Congreso de Estados Unidos, la existencia de un peligroso *eje del mal* compuesto por Corea del Norte, Irán e Iraq, como enemigos declarados de Norteamérica y objetivo de su estrategia mundial de guerra antiterrorista.

Pero es sólo hasta el 12 de septiembre de 2002 cuando el presidente Bush, en discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas, exige que esta organización actúe contra Iraq y el régimen de Saddam Hussein para desarmarlo y derrocarlo, iniciando desde entonces una carrera contra reloj orientada a obtener, por parte del Consejo de Seguridad, la legitimación internacional a su estrategia geopolítica para justificar una guerra contra ese país. Carrera que finalmente culminó el 8 de noviembre, con la aprobación unánime de los 15 miembros de dicho Consejo, de la Resolución 1441, en los términos exigidos por la Casa Blanca, y gracias a un hábil juego de presiones diplomáticas y militares.

El escenario

Los albores del siglo XXI parecen marcar un punto de inflexión en la consolidación del ambicionado “orden” mundial proclamado en 1989 con motivo de la caída del Muro de Berlín por el entonces presidente de Estados Unidos, George Bush, padre del actual mandatario. Se necesitó más de una década para que, en

el contexto del primer aniversario de los ataques del 11 de septiembre de 2001, se sentaran precedentes irreversibles hacia la deslegitimación definitiva de la estructura institucional de lo que aún quedaba en pie de las ruinas del orden de posguerra, conservadas todavía en los rezagos de la llamada posguerra fría.

Con motivo de este aniversario luctuoso, por primera vez se enunciaban formal y explícitamente los principios rectores de un ordenamiento imperial y hegemónico global, acompañados de acciones estratégicas tendientes a consolidar la "vocación histórica" de Estados Unidos como imperio universal, anticipando tanto la subordinación definitiva de las Naciones Unidas al nuevo hegemón internacional, como la eventual proximidad de su inminente sepelio, recordando con ello el bochornoso final de la extinta Sociedad de las Naciones –surgida después de la Primera Guerra Mundial– cuando, incapaz de detener el inicio de la segunda conflagración global, terminó por disolverse en 1946, al finalizar el conflicto, para dar paso al nacimiento de la ONU.

La profundidad de los cambios que se anuncian, fraguados en el dramático crepúsculo del siglo XX, destaca la compleja temporalidad del metabolismo histórico y la ineluctable dialéctica de las transformaciones sociales que, gestadas en el curso inesperado de dos intensos lustros, evocan aquella percepción heredada del siglo XIX, y precisada por Marx, en el sentido de que "la violencia es la partera de la Historia".⁴

En efecto, tal parece que el traumático alumbramiento del Nuevo Orden, que aún no termina de nacer, emerge signado por la guerra, la destrucción y el caos internacional, anunciados ya con los dolores de un parto provocado desde el patético derrumbe del bloque soviético en Europa Oriental a fines de los ochentas, pasando por la desastrosa guerra del Golfo Pérsico, la disolución de la Unión Soviética (URSS) a principios de los noventas, las sangrientas guerras de desintegración de Yugoslavia a lo largo de esa década, que culminan con la guerra de Kosovo y la intervención en los Balcanes de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de Estados Unidos al final de siglo, hasta llegar a los ataques del 11 de septiembre de 2001. Todo lo anterior abre paso a la guerra internacional contra el "terrorismo" declarada por Washington, tomando como primera víctima a Afganistán, a Iraq a principios de 2003, para continuar después, probablemente, con Corea del Norte, Irán o Siria y, eventualmente, con algún nuevo enemigo, real o imaginario, modificando de esta forma el curso de la historia contemporánea de posguerra.

Con esta guerra de terror iniciada en Afganistán el 3 de octubre de 2001, ampliada con la ocupación militar palestina por parte de Israel, desarrollada con la invasión de Iraq el pasado 9 de abril, y probablemente extendida a lo largo de esta década contra los otros ejes del mal, Estados Unidos pretende consolidar hacia el próximo decenio un nuevo orden hegemónico imperial liderado por él;

⁴ "La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva" (Marx, 1973:639).

todo ello, claro está, si las condiciones políticas, la recesión económica y la profunda crisis social predominante a nivel mundial se lo permiten.

Así pues, fue necesario el impacto del 11 de septiembre para detonar el volcán de la geopolítica global, tras cuya erupción se entroniza el gradual ascenso de Estados Unidos hacia las cumbres de un "absolutismo global". Primero, emergiendo discretamente bajo el liderazgo de la coalición internacional que lo secundó en la Guerra del Golfo contra Iraq; luego, camuflándose prudentemente tras la mampara de las Naciones Unidas y la OTAN en las guerras de Yugoslavia y Kosovo; después, irguiéndose independiente de esta última en su guerra contra Afganistán, legitimándose bajo el paraguas del 11 de septiembre, con el apoyo de Inglaterra y con el visto bueno de la comunidad internacional; finalmente, en la guerra desatada unilateralmente contra Iraq, excluyendo a la ONU y subordinando a la propia OTAN —convertidas en fardos estorbosos para el logro de sus objetivos imperiales—, y contando con la aquiescencia de su propio Congreso, Estados Unidos se autoproclama en árbitro supremo de la comunidad internacional y de la legitimidad mundial, pretendiendo desplazar soterradamente a estos organismos internacionales —que terminarían arrinconados en los anaqueles de la historia— para intentar tomar a *motu proprio* el control y el dominio exclusivo del mundo bajo el emblema de la guerra antiterrorista y enarbolando los estandartes de democracia y libertad.

Pero es a partir de la conmemoración del primer aniversario del 11 de septiembre cuando se instrumenta —entre tambores de guerra y en medio del abrumador bombardeo de imágenes y reportajes difundidos incansablemente por todos los medios internacionales de comunicación— la plataforma adecuada para la implementación de la emergente política imperial entronizada por Washington, bajo la presión de acciones y decisiones unilaterales de repercusión mundial dirigidas abiertamente a promover una guerra en la región petrolera del Medio Oriente, cuyos alcances y perspectivas, desde finales de 2002, hacen historia sentando precedentes de supremacía mundial no imaginados.

El epílogo

A pesar de haber transcurrido más de dos años desde aquel fatídico 11 de septiembre, el impacto de los atentados continúa extendiendo su onda expansiva sobre la geopolítica global y produciendo magros dividendos políticos en favor de los intereses estadounidenses y la administración del presidente Bush, como lo mostró el exitoso juego de presiones sincronizadas, ejercidas por Washington después del primer aniversario, tanto sobre su Congreso, como sobre el Consejo de Seguridad, la UE y la comunidad internacional, amedrentados por la reacción amenazante y belicista de los círculos de poder estadounidense.

Su desenlace, a finales de 2002, pareció mostrar el balance de una cierta victoria política internacional de la administración Bush, obtenida en algunos escenarios estratégicos tales como la Cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), realizada en México a finales de octubre; en lo interno, el

triunfo republicano en las elecciones intermedias de Estados Unidos a principios de noviembre; también la votación unánime de la Resolución 1441 presentada, pocos días después, por la Casa Blanca contra Iraq en el Consejo de Seguridad de la ONU, y el reposicionamiento de Washington en la Cumbre de la OTAN celebrada en Praga a finales de ese mismo mes.

Todo lo anterior contrastó, no obstante, con una suerte de derrota en el escenario económico, como resultado de un persistente clima de recesión frente al cual el 11 de septiembre no pareció haber ejercido la misma influencia benefactora. Así, siguió profundizándose la tendencia decreciente de la economía estadounidense y su ciclo económico declinante, como lo indicó la reducción de la tasa de interés a mínimos históricos –hasta 1.25 por ciento–, en el mismo mes de noviembre de 2002. De hecho, la trayectoria bajista de la economía estadounidense ya había iniciado antes de los atentados del 11 de septiembre, aunque después de la guerra contra Afganistán se había presentado un rebote al alza, para después retomar con mayor impulso su línea descendente.

Esta confluencia de acontecimientos contradictorios configuran el entramado político que sirve de plataforma institucional para legitimar el inicio de la guerra, y parecen brindar alguna pista para esclarecer la lógica interna que motiva el accionar estadounidense, marcado desde principios de siglo por una política unilateral, agresiva y expansiva, eventualmente impulsada por la presión inconsciente que ejerce sobre el Estado la fase recesiva predominante en el ciclo económico global, que terminó finalmente por arrastrar a Estados Unidos y a su dirigencia política a la recesión y a la guerra, presagiando el fantasma de una crisis de hegemonía.⁵

Hacia la última semana de enero de 2003 comienza a configurarse el epílogo de este aparente rompecabezas donde parece empezar a encajar el conjunto de piezas sueltas, orquestadas previamente para iniciar una guerra en Medio Oriente. Así, el lunes 27 de ese mismo mes, el director de la Comisión de Verificación, Inspección y Vigilancia de la ONU (UNMOVIC),⁶ Hans Blix, y el titular de la Organización Internacional de Energía Atómica (OIEA), Mohamed Elbaradei, rinden un informe al Consejo de Seguridad a través de sus respectivos representantes, en el que, aunque sin presentar ninguna prueba sobre la existencia de armas de destrucción masiva, cuestionan la cooperación de Iraq con las inspecciones, lo que es capitalizado por Estados Unidos para reiterar su llamado a la guerra.

Al día siguiente, el presidente Bush presenta su discurso de año nuevo sobre el estado de la Unión –segundo en su mandato–, en el que deja abiertas las puertas a un inminente ataque por parte de Washington contra Iraq, al margen de Naciones Unidas; ese mismo día se produce la esperada victoria de Ariel Sharon en las elecciones de Israel, anunciando la previsible escalada del conflicto y la represión

..

⁵ Hegemonía, entendida como la pretensión de supremacía y dominación política impuesta por una potencia mundial sobre los otros Estados a escala internacional.

⁶ UNMOVIC fue creada en 1999 por el Consejo de Seguridad con el único fin de supervisar el desarme total de Iraq. Ésta sustituyó a la polémica Comisión UNSCOM.

contra los territorios palestinos, acrecentada esta última desde principios de 2003, a medida que se acercaba el inicio de la guerra contra Iraq.

El miércoles 29 de enero, el Consejo de Seguridad continúa el debate sobre los informes de los inspectores, acentuándose la división interna de posiciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña, por un lado, en pro de la guerra, frente a Francia, Rusia, China y Alemania, por el otro, a favor de prorrogar las inspecciones de las comisiones.

Un día después, el jueves 30, mientras el primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, se entrevistaba con Bush, en Washington, en Madrid, el primer ministro español, José María Aznar, junto con Tony Blair, expresaban su apoyo a Washington en una rueda de prensa difundida por CNN, al tiempo que la prensa europea publicaba una carta de apoyo a Estados Unidos, suscrita por 8 países europeos: Gran Bretaña y España a la cabeza, además de Italia, Portugal, Dinamarca, Polonia, Hungría y República Checa, anunciando con ello el embrión de la coalición de aliados esgrimida por Washington para justificar su ataque a Iraq. Dicha coalición, sin embargo, mostró al mismo tiempo, la profunda división al interior de Europa y del Consejo de Seguridad, rompiendo la fachada de consenso que tanto preocupaba a Francia, Rusia y China. División que quedó confirmada en una resolución no vinculante, aprobada simultáneamente por el Parlamento Europeo, donde se consideraba que el comportamiento de Iraq hacia los inspectores no justificaba una acción unilateral y que un ataque preventivo no sería conforme al derecho internacional, ni a la Carta de las Naciones Unidas.

El viernes 31, la visita de Blair a Camp David para analizar con Bush la situación del eventual ataque, parecía dar uno de los últimos puntales al entramado bélico cuando, en rueda de prensa conjunta, el presidente de Estados Unidos declaró que, aunque una nueva resolución en el Consejo de Seguridad sería bienvenida si estaba dirigida a desarmar a Bagdad, esa resolución no era jurídicamente necesaria para iniciar una acción militar –tal como había quedado establecido en la Resolución 1441– y que por lo tanto, Washington se opondría a cualquier dilación en torno a Iraq, cuyo desarme debía ser cuestión de semanas y no de meses.

Con las cartas sobre la mesa, el destino de Iraq parecía estar trazado inexorablemente y el inicio de la guerra se presentaba como un asunto de carpintería, que dependía fundamentalmente de la exitosa culminación del envío y posicionamiento de las fuerzas militares estadounidenses en la zona.

Así, el miércoles 5 de febrero, con base en las presuntas pruebas contra Iraq, presentadas ese día al Consejo de Seguridad por el Secretario de Estado estadounidense Colin Powell –según el presidente Bush–, y a pesar del débil o contraproducente efecto que éstas ejercieron sobre la opinión internacional y el Consejo de Seguridad, el cual se mantuvo dividido en torno a la posición defendida por la Casa Blanca y Gran Bretaña, el objetivo implícito de esta presentación (estrechar el cerco sobre Iraq) pareció cumplirse, al ajustar una vez más el final de un cronograma de guerra previamente elaborado.

No obstante, llama la atención el hecho de que ya desde el inicio de la crisis, a mediados de septiembre de 2002, dos días después del primer aniversario de los

atentados, el presidente Bush declarara enfáticamente: "Estamos hablando de días y semanas, no de meses o años" (*El Mundo*, 14 de septiembre de 2002:A/10), y que cinco meses después de esas declaraciones, escucháramos a Powell, el jueves 6 de febrero de 2003, anunciar ante una comisión del Senado, que la situación iraquí alcanzaría una conclusión "dentro de unas semanas" (*CNN en español*, 6 de febrero de 2003). Ese mismo día, en otra intervención, el presidente anunciaba que "... el juego terminó" y que "... Saddam Hussein será detenido" (*CNN en español*, 7 de febrero de 2003), repitiendo por enésima vez la misma amenaza y manteniendo al mundo durante estos meses en la incertidumbre del inminente inicio de una guerra contra Iraq, junto con todas las consecuencias negativas que la inestabilidad geopolítica de ese anuncio acarreó para la debilitada economía global, incluida la estadounidense, en favor de un pequeño grupo de oportunistas y especuladores financieros.

Quedará siempre presente la duda acerca de si el presidente de Estados Unidos asumió concientemente esa responsabilidad histórica, y si al hacerlo actuó en favor de ciertos intereses particulares que lo beneficiaban directamente a él y a sus allegados en la industria petrolera y de armamentos, convirtiendo la guerra contra Iraq en un asunto privado que ha puesto en riesgo la paz y la estabilidad internacional en beneficio de intereses particulares.

También llama la atención que, mientras el viernes 14 de febrero, luego de la presentación del nuevo informe de los citados directores de UNMOVIC y de la OIEA ante el Consejo de Seguridad, cuando se esperaba lograr un consenso para definir la controversia en torno a la presión estadounidense para atacar a Iraq, Washington, con el respaldo de Gran Bretaña, bombardeaba la denominada "zona de exclusión aérea", arbitrariamente impuesta por ellos después de la Guerra del Golfo en el sur del país,⁷ al tiempo que continuaba situando en el teatro de operaciones —entre el mar de Arabia, el Golfo Pérsico y el mar Rojo en el Océano Índico (donde se ubica la V Flota de Estados Unidos) y el Mediterráneo Oriental (asiento de la VI Flota)— un juego de cinco portaaviones, con centenares de aviones de guerra, bombarderos B1 y B2, helicópteros y artillería pesada, respaldados con divisiones

⁷ "Aviones de guerra de Estados Unidos y el Reino Unido lanzaron bombas guiadas sobre dos baterías de misiles de la defensa aérea iraquí cerca de Basora, unos 395 kilómetros al sudeste de Bagdad, informaron fuentes militares. Estados Unidos y el Reino Unido han acelerado esta semana su concentración de tropas, buques, aviones y pertrechos para un ataque contra Iraq que, según expertos militares, comenzará con bombardeos aéreos y seguirá con la incursión de fuerzas de tierra desde Kuwait. Según el Comando Central de las fuerzas de Estados Unidos, que tiene su sede en Tampa (Florida) y ha preparado un cuartel general para la invasión de Iraq en Qatar, el ataque de hoy se realizó porque Iraq movió sus baterías de defensa dentro de la "zona de exclusión aérea" en el sur de ese país. Desde la Guerra del Golfo, en 1991, Estados Unidos y el Reino Unido impusieron su control sobre dos franjas del espacio aéreo de Iraq y han efectuado centenares de ataques en esas zonas contra baterías de artillería y misiles, puestos de radar y otras instalaciones. El Gobierno de Iraq considera estas zonas de exclusión en su propio espacio aéreo como una imposición ilegal. Las autoridades iraquíes sostienen que los ataques han causado la muerte de por lo menos mil 500 civiles y heridas a cientos más. El Comando Conjunto Central es el departamento militar estadounidense que cubre 25 naciones, desde el este de África al Oriente Medio, el Golfo Pérsico y el sur de Asia hasta Turkmenistán". *EFE* (2003). "Aviones de Estados Unidos y el Reino Unido atacan en el sur de Iraq", en *EFE*, Washington, 14 de febrero.

aerotransportadas y de infantería, además de 150 mil efectivos, aproximadamente, en sus centros operativos de Baharein, Kuwait y Turquía. Todo esto indica que el desplazamiento militar estadounidense para dominar estratégicamente la región —amparado en el peligro que representarían las eventuales armas de destrucción masiva existentes en Iraq—, ya estaría prácticamente consumado.

En contraste con este escenario de aparente democracia, pluralidad y debate internacional, presentado por el Consejo de Seguridad, ambientado por el amplio despliegue informativo de cadenas como CNN, que difundió sin descanso las voces de todos los actores involucrados, empezando por Estados Unidos y sus acólitos ingleses, españoles, italianos, australianos, etcétera, siguiendo con sus más acérrimos detractores iraquíes y demás opositores como Francia, Alemania, Rusia, China, Siria y otros —de lo cual fue una muestra palpable la transmisión en directo de la citada cesión del Consejo programada para que Powell presentara sus “pruebas” contra Iraq—, la verdadera disyuntiva de la democracia al interior de este organismo quedó planteada en los estrechos límites marcados por Washington, que consideró que las pruebas que había aportado eran suficientes para atacar a Iraq, mientras que sus opositores europeos, asiáticos y musulmanes estimaban que dichas pruebas eran insuficientes y debían ser verificadas por los inspectores de la ONU, quienes por lo tanto requerían más tiempo, mayores recursos y más personal entrenado.

Tras este juego diplomático, que pretendió sostener una imagen de democracia occidental y legalidad internacional necesarias para defender la fachada de multipolaridad que representan las Naciones Unidas, pareció esconderse, al mismo tiempo, la marcha insoslayable de un calendario de guerra programado de antemano por Washington. Frente a ello, las voces disidentes sólo parecían contribuir a su más efectivo despliegue y ocultamiento, convirtiéndose en cómplices impotentes. En todo esto, el propio derecho de veto en el Consejo de Seguridad quedaba reducido a letra muerta, como una herencia anacrónica de la posguerra, a riesgo de arrastrar hasta el ridículo a quien se atreviera a ejercerlo, impidiendo hacer uso de la correspondiente fuerza necesaria para imponerlo y hacerlo respetar frente a la avasalladora ofensiva estadounidense.

¿Sería una feliz coincidencia esa secuencia de eventos concatenados y programados día tras día para convencer sobre la inevitabilidad de la guerra? ¿Sería acaso que las otras “potencias” que se “oponían” al ataque estadounidense cerraban intencionalmente los ojos ante el despliegue militar de la Casa Blanca en Medio Oriente y su posicionamiento estratégico en la región pretextando desarmar a Iraq? ¿Por qué, ante la realidad de una guerra aparentemente irreversible proyectada por Estados Unidos para expandir sus intereses en una región tan neurálgica del planeta, esas mismas “potencias” continuaron jugando a la democracia en el Consejo de Seguridad, a sabiendas de que habían sido excluidas de la toma de decisiones de antemano? ¿A quién beneficiaba la mascarada de democracia y consenso internacional con la que se disimulaba ante la opinión pública mundial el surgimiento de una dictadura planetaria orientada hacia la imposición de un absolutismo global?

¿Por qué si los mercados mundiales retrocedían asustados con cada nuevo paso hacia la guerra, lo que hacía prever sus efectos aún más contraproducentes sobre la recesión internacional predominante, no surgieron fuerzas que detuvieran este irracional cronograma de violencia? ¿Qué intereses en Estados Unidos se beneficiaban de una guerra que de antemano se anunciaba catastrófica para la economía mundial, ante la inminente alza de precios del petróleo? ¿Sería que la gravedad y profundidad de la crisis planetaria conducía a sacrificar al conjunto de la sociedad mundial y a poner en peligro la paz internacional en aras de satisfacer los apetitos y ambiciones de un *pool* de especuladores bursátiles y de industrias petroleras y de armamentos? ¿Sería acaso que, sin saberlo, el proceso de globalización neoliberal había arrastrado al mundo a una depresión económica sin precedentes donde la alternativa de la guerra se presentaba como la única salida posible para sobrevivir al hundimiento general del sistema?

Como anotábamos al inicio de este trabajo, la complejidad del metabolismo social y su desenvolvimiento espacio-temporal sólo permiten abrir interrogantes y plantear hipótesis acerca del destino, las perspectivas y el curso probable de la Historia. No obstante, la crónica de esta guerra anunciada parece proyectar un panorama de más tragedia y destrucción en los inicios del siglo XXI, planteando al mismo tiempo la interrogante de si efectivamente nos aproximamos hacia una era de absolutismo global, o más bien estamos inmersos en una irreversible crisis de hegemonía.

El desenlace

Luego de haber iniciado en diciembre de 2002 las inspecciones de Naciones Unidas en Iraq, según el calendario establecido en la Resolución 1441, fue que Bagdad se vio obligada a brindar la colaboración –aunque bajo fuerte presión– a los inspectores de armas de la ONU –que había expulsado en 1998–, permitiéndoles realizar inspecciones en sitios antes vedados, como sus palacios presidenciales y reconociendo la posesión de armas prohibidas en el pasado que –según su versión– ya habría destruido. Ante la ausencia de evidencias que confirmaran la existencia de armas de destrucción masiva en el territorio iraquí, al interior de Europa empezó a gestarse, desde febrero de 2003, una incipiente coalición opuesta a Estados Unidos y sus aliados, conformada por los países contrarios a la utilización de la fuerza para resolver la crisis iraquí. Tal situación generó una nueva coyuntura geopolítica que obligó a Washington a tomar contramedidas orientadas a ablandar las resistencias presentadas por estos países y a contrarrestar el impacto político que representaba su oposición, abonando el terreno para lanzar unilateralmente el ataque.

El último obstáculo que enfrentaba Estados Unidos para legitimar su guerra contra Iraq, una vez puestas en marcha a fines de febrero las medidas preventivas para la protección de Turquía en caso de guerra contra Hussein, lo constituía el bloqueo surgido al interior del Consejo de Seguridad. Como paso alternativo para desbrozar la oposición del eje París-Berlín-Moscú, Washington anunció que pre-

sentaría ante la ONU una nueva resolución sobre Iraq, aún más enérgica y contundente. Esto, no obstante que en la ONU, la mayoría de los 63 representantes que participaron en un debate público de dos días (que concluyó el 19 de febrero por la noche en el Consejo de Seguridad) defendieron una solución pacífica a la crisis (*El Colombiano*, 20 de febrero de 2003).

Adicionalmente, como el diálogo entre Washington y Ankara, hasta entonces firmes aliados, parecía resquebrajarse en lo tocante a la frontera norte de Iraq con Turquía, Estados Unidos se encontraba cada día más aislado, contando sólo con el apoyo de Inglaterra y España para alcanzar su objetivo de usar la fuerza contra el régimen de Bagdad. Dicho aislamiento le obligó a optar por la iniciativa de intentar sacar adelante una nueva resolución que contendría una especie de ultimátum, lo que indicaba que Washington estaba dispuesto a poner contra las cuerdas a todos aquellos que se opusiesen a una intervención armada en Iraq.

Al respecto, el portavoz de la Casa Blanca, Ari Fleischer, informó el mismo 19 de febrero que la administración estadounidense seguía examinando con sus aliados "una segunda resolución, que podría ser anunciada a partir de esta semana, quizás la próxima", anticipando que esta resolución sería contundente, "demostrará que Iraq ha cometido nuevas violaciones patentes" –término ya empleado en la Resolución 1441–, que abrían la vía a "serias consecuencias" –es decir a la guerra–, en caso de que "Iraq se resista a cooperar plenamente" (*Ibid*).

Junto con estos anuncios, Bush reiteró que "recibiría con agrado" una segunda resolución, pero que Estados Unidos "no la necesitaba" para atacar a Iraq, pues la 1441 ya establecía esa posibilidad. Por su parte, Powell precisaba que: "Seguir eternamente con las inspecciones porque algunos países tienen miedo de que se imponga la voluntad de la comunidad internacional no es una solución satisfactoria" (*El Colombiano*, 20 de febrero de 2003a). Mientras tanto, el primer ministro británico Tony Blair y su canciller Jack Straw, sometidos a una fuerte oposición política interna, intentaban convencer a Washington de dar a la diplomacia internacional tres semanas más, antes de que el Consejo de Seguridad diera luz verde para una intervención militar, sugiriendo como la fecha adecuada para esta reunión el 14 de marzo.

Tomando aparente distancia, el jefe del gobierno italiano Silvio Berlusconi, aunque garantizando su apoyo a Washington, le pidió no aislarse en la gestión de la crisis iraquí, afirmando que el "uso de la fuerza es el último recurso", e indicando, con ello, que Bush tampoco podría contar incondicionalmente con el respaldo de este mandatario que, tras apoyarle previamente, había empezado a dar marcha atrás.

En una entrevista publicada el 20 de febrero por el diario italiano *Corriere della Sera*, el ministro ruso de Relaciones Exteriores, Igor Ivanov –sumándose a la amenaza de veto previamente anunciada por Francia–, no descartó el uso de su derecho de veto en caso de que se presentara una nueva resolución autorizando el uso de la fuerza. Al mismo tiempo se disponía a viajar a China la semana siguiente para "intercambiar puntos de vista sobre los principales problemas internacionales actuales", dos días después de que su homólogo estadounidense, Powell, in-

tentara neutralizar el veto de Pekín a la nueva resolución contra Iraq (*El Colombiano*, 20 de febrero de 2003).

La preparación de esta nueva resolución dio paso a una intensa actividad diplomática por parte del presidente Bush y sus aliados, Tony Blair y José María Aznar, que, debilitados por la resuelta oposición de la opinión pública británica y española a la guerra, jugaban con la alternativa de una segunda resolución que legitimara el uso de la fuerza. En esta línea, Aznar, convertido en vocero incondicional de la posición estadounidense, se reunió el viernes 21 de marzo con Bush, en su rancho de Texas, después de realizar una escala en México el día anterior, intentando convencer al presidente Vicente Fox de apoyar la guerra, a la que el mandatario mexicano también se oponía.

A mediados de marzo ya era evidente el aislamiento internacional de los mandatarios del eje Washington-Londres-Madrid, tanto frente a la opinión pública mundial —expresada multitudinariamente en las manifestaciones de repudio contra la guerra celebradas en diversos países—, como en los parlamentos —exceptuando a Estados Unidos, cuyo Congreso había otorgado a Bush, desde noviembre de 2002, el respaldo para atacar a Iraq. Asimismo, Estados Unidos enfrentaba el fracaso de la vía diplomática, agotada al interior de Naciones Unidas y del Consejo de Seguridad, debido a la negativa de los otros tres países con derecho de veto —Francia, Rusia y China—, a apoyar la guerra, junto con la mayoría de los 10 miembros no permanentes encabezados por Alemania —que ya había anunciado que no la secundaría ni con el visto bueno de la ONU—, incluidos sus socios latinoamericanos —México y Chile— y los tres Estados africanos —Guinea, Angola y Camerún. En todo esto, Estados Unidos contaba solamente con el tímido apoyo de Bulgaria y eventualmente Pakistán, país al que levantó, como contrapartida, todas las sanciones impuestas en 1998, que ya le había reducido para obtener su respaldo en la guerra contra Afganistán.

Para mediados de marzo era evidente la imposibilidad de alcanzar en el Consejo de Seguridad la aprobación de la propuesta de resolución y del ultimátum del 17 de marzo, liderado por Washington. No sólo por la amenaza de veto con la que había nacido signada tal propuesta, sino por la dificultad de obtener siquiera una mayoría aritmética de nueve votos, a la que aspiraban los aliados para legitimar el ataque, contando con el apoyo de los tres países africanos y los tres latinoamericanos, pretendiendo escamotear de esta forma el derecho de veto de los otros miembros permanentes, sin obtener tampoco ningún resultado.

La llamada "Cumbre de la última oportunidad", celebrada el 16 de marzo en la isla de Terceira en las Azores, Portugal, entre los mandatarios de Estados Unidos, Gran Bretaña y España —un día antes de la reunión del Consejo de Seguridad, citada para votar la nueva resolución liderada por el presidente Bush—, aparece como el preludio de la guerra y del anunciado desconocimiento de las Naciones Unidas por parte de Washington violando con ello la legalidad internacional pactada en la posguerra. Paradójicamente el presidente estadounidense calificó este día como "El día de la verdad".

Esta reunión radicalizó aún más la posición de Francia, Rusia y China, que abiertamente se enfrentaron a la decisión de Estados Unidos de iniciar la guerra.

Los anuncios realizados al día siguiente por Estados Unidos –primero en el Consejo de Seguridad informando del retiro o no presentación del proyecto de nueva resolución que debía someterse a votación, y luego, el discurso del presidente Bush imponiendo el ultimátum unilateral a Saddam Hussein para abandonar Iraq junto con su familia en un plazo de 48 horas, so pena de iniciar un conflicto militar– no hicieron más que formalizar una decisión reiteradamente anunciada por la Casa Blanca, confirmando el consiguiente desconocimiento de Washington de la autoridad del Consejo de Seguridad que, a partir de entonces, terminaba subordinado públicamente al poderío militar estadounidense y convertido en un organismo internacional de segundo orden.

Para infundir un hábito de legalidad a su ultimátum, Estados Unidos y su par de aliados sólo tenían dos opciones: 1. o apoyarse en el resquicio jurídico que había dejado abierta la Resolución 1441, 2. o decidir abiertamente un ataque unilateral por encima del Consejo de Seguridad. Finalmente escogieron la primera opción para legitimar la segunda.

La decisión de la Casa Blanca de respaldarse en la Resolución 1441 al argumentar que ésta autorizaba el uso de la fuerza sin necesidad de una segunda resolución, le brindó una salida jurídica para legitimar la guerra. El problema jurídico que se planteó al interior del Consejo de Seguridad, reflejo de la correlación de fuerzas entre Norteamérica y Europa, se dirimió finalmente sobre la base y a favor del poder militar que el Pentágono desplegó en la región del Golfo Pérsico y en el Mediterráneo Oriental. Esto le permitió imponer el incontenible desencadenamiento de la operación militar, secundado por Inglaterra, España y algunos otros países que finalmente se rindieron ante la evidencia de la guerra y la imparable maquinaria bélica estadounidense.

Llama la atención que este paso aventurado contra la legalidad internacional se fundamentara y legitimara jurídicamente sobre las propias resoluciones del Consejo de Seguridad, particularmente la 1441, cuya formulación y aprobación unánime, bajo fuertes presiones diplomáticas y militares de Estados Unidos, no estipuló claramente la necesidad de una nueva resolución para castigar un eventual incumplimiento del gobierno iraquí a las exigencias de la ONU. Esta situación aportó a la Casa Blanca el fundamento de legalidad que necesitaba para iniciar la guerra al amparo del propio Consejo, gracias a la interpretación que dejaba abierta esta carencia jurídica, hábilmente inducida por la propia administración Bush al elaborar el proyecto de resolución.

De esta manera, la decisión unilateral del presidente Bush de atacar a Iraq se presentaba como una acción políticamente consecuente y acorde con el espíritu de la ONU, mientras que los miembros del Consejo de Seguridad que se opusieron a la posición de Estados Unidos –particularmente Francia– aparecían como los enemigos de la paz internacional y los responsables de su ruptura, por haberlo conducido a una situación de irrelevancia y pasividad frente a las amenazas que para la seguridad mundial representaba Saddam Hussein. Con esto, Estados Uni-

dos y sus dos aliados surgían como los salvadores y defensores respetuosos del orden global.

Las interrogantes

La posición ambivalente e inconsistente que asumió Naciones Unidas frente al desencadenamiento de la guerra abre nuevas interrogantes que refuerzan la inquietud planteada inicialmente sobre el papel de esa organización en esta coyuntura histórica.

¿Por qué el secretario general de la ONU, Kofi Annan, a la recomendación de Washington, ordenó unilateralmente retirar de Iraq a las agencias de inspección de armas, a los trabajadores de ayuda humanitaria y a la misión de observadores de Naciones Unidas en la frontera iraquí con Kuwait, horas después del fracaso de las negociaciones en el Consejo de Seguridad, ignorando una resolución existente y sin consultar a este organismo? (*CNN en español*, 17 de marzo de 2003) ¿Acaso ignoraba que con el retiro de sus representantes del territorio iraquí –en vísperas de un posible ataque de Estados Unidos–, las Naciones Unidas cerraban los ojos a la ofensiva militar estadounidense y daban la espalda a sus responsabilidades de protección a su frontera sur? ¿Ignoraba también Annan que al suspender el programa “Petróleo por Alimentos” –gracias al cual sobrevive con raciones de hambre más del 60 por ciento de la población iraquí– contribuía a propiciar una crisis humanitaria que se sumaba al impacto de las bombas estadounidenses, favoreciendo con esto a la ofensiva aliada?

Ante semejantes exabruptos surge la duda acerca de quién exactamente da las órdenes al Secretario General de la ONU: ¿el Consejo de Seguridad o Estados Unidos?

En efecto, el director general de la OIEA, ElBaradei, informó el lunes 17 de marzo que las autoridades estadounidenses “recomendaron”, la noche anterior, a la ONU retirar a sus inspectores de armas ofreciendo ayuda para garantizar su salida de Iraq (*Ibid*), lo que desató entre ellos un clima de decepción, perdiendo todas las esperanzas de que las inspecciones contribuyeran a una solución pacífica de la crisis.

Ante esta “recomendación”, el jefe de los inspectores de armas, Hans Blix, solicitó entre 24 y 48 horas de plazo para que su equipo de 140 personas –incluidos 60 inspectores distribuidos entre Bagdad y Mosul– abandonaran Iraq; tal como lo hicieron a partir del martes, forzados y escoltados bajo una estrecha vigilancia de vuelo de aviones de reconocimiento estadounidenses (*Ibid*).

¿Cómo entender la declaración de Francia en el sentido de que podría apoyar a Estados Unidos en caso de que se comprobara que Iraq usaba armas químicas o biológicas, un día después de haber liderado el veto contra la guerra y de que Washington impusiera arbitrariamente su ultimátum por encima del Consejo de Seguridad, responsabilizando a París de la crisis de este organismo? (*CNN en español*, 18 de marzo de 2003).

Así, en declaraciones del martes 18 de marzo, el embajador galo en Estados Unidos, Jean-David Levitte precisó:

Si la guerra comienza y si (el presidente iraquí) Saddam Hussein usa armas químicas o biológicas cambiaría completamente la situación para el presidente y el gobierno franceses, y el presidente (Jacques) Chirac tendrá que decidir qué haremos para ayudar a las tropas estadounidenses a enfrentar la nueva situación (...) confirmo que cambiaría completamente la percepción y la situación para nosotros (...) ningún ejército está autorizado por los tratados a usar armas químicas o biológicas. Esto está absolutamente prohibido y, si Saddam Hussein utilizara estas armas, entonces crearía una situación completamente nueva para todo el mundo, –añadiendo que– Francia desearía que Estados Unidos volviera a las Naciones Unidas y participase en una resolución del Consejo de Seguridad que incluiría ayuda humanitaria y asistencia para un Iraq post-Saddam (*Ibid*).

De hecho, la invitación del diplomático francés a Estados Unidos para que regresara a la ONU y participara en "... una resolución del Consejo de Seguridad que incluiría ayuda humanitaria y asistencia para un Iraq post-Saddam" constituyó un anuncio premonitorio del nuevo papel subordinado que este organismo empezaría a jugar frente a los dictados de Washington: una especie de 'bombero', encargado de apagar los incendios provocados por la guerra desatada por el Pentágono, y atendiendo y subsidiando sus inevitables desastres humanitarios, encubriendo con un velo de humanitarismo la tragedia y la catástrofe de un conflicto no avalado internacionalmente. En suma, el Consejo de Seguridad terminaría convertido, consciente o inconscientemente, en cómplice de la estrategia estadounidense.

Además, al insistir en que no existe autorización "... por los tratados a usar armas químicas o biológicas", y en que "... si Saddam Hussein utilizara estas armas, entonces crearía una situación completamente nueva para todo el mundo", la diplomacia francesa parecía inclinarse aún más a favor de la posición estadounidense, anticipando un eventual respaldo a Washington justificado en suposiciones que avalaban el accionar contra Hussein. Con esto, legitimaba el uso desigual y desproporcionado de la fuerza con que el Pentágono se disponía a atacar a Iraq al cuestionar el derecho a la legítima defensa del gobierno iraquí y de hacer uso del armamento que poseyera para evitar su total aniquilamiento ante una invasión ilegal, arbitraria y unilateral, que amenazaba su supervivencia. Lo que le imprimía a la diplomacia francesa un humillante sabor a rendición frente a Estados Unidos, anunciando un futuro decepcionante para el resto del Consejo de Seguridad.

¿Acaso primaría el respeto a los tratados internacionales sobre el supremo derecho a la defensa de la vida de un Estado débil que se enfrentaba a la superioridad tecnológico-militar de la mayor potencia del mundo que se manifestaba decidida a aniquilarlo? ¿Podía exigirse, a la luz del derecho internacional humani-

tario, que ese Estado débil, enfrentado a una guerra de invasión y de exterminio, limitara su derecho de defensa a favor del agresor en aras de rendir culto a la normatividad establecida por esa misma potencia? ¿Qué derecho asistía a la potencia agresora para acusar al país agredido de incumplir los Acuerdos de Ginebra, cuando esa misma potencia –que mantenía en el limbo jurídico a decenas de combatientes afganos en la base militar de Guantánamo– desencadenaba la guerra al margen y por encima de las Naciones Unidas y la legalidad internacional? ¿Podía acaso limitarse el derecho de defensa del agredido a los estrechos marcos del derecho internacional olvidando que históricamente el único derecho que se impone en el desarrollo de una guerra –que nace del instinto natural de conservación– es el de matar para sobrevivir? ¿Podía exigirse a Iraq limitar su defensa al uso de misiles de alcance inferior a 150 kms., cuando era bombardeado desde su espacio aéreo, desde el mar Mediterráneo, el mar Rojo y el Golfo Pérsico con misiles de miles de kilómetros de alcance? ¿Acaso no era un arma de destrucción masiva la bomba lanzada por Estados Unidos sobre un mercado de Bagdad con saldo de más de 60 muertos y decenas de heridos?

¿Cómo entender que en la reunión del Consejo de Seguridad realizada al día siguiente del ultimátum –programada con anterioridad para escuchar un informe del director de UNMOVIC y la OIAE y a la que no asistió el secretario de Estado estadounidense–, ninguno de los países que se había opuesto a la resolución se atreviera a presentar otra resolución condenando el ultimátum de Bush o solicitando una reunión extraordinaria de urgencia para enfrentar la crisis? ¿En que quedó el derecho de veto de Francia, Rusia o China y el enérgico rechazo de Alemania, que finalmente se redujo a tímidos cuestionamientos expresados formalmente ante el Consejo? ¿Por qué el Consejo aceptó, resignado, la decisión de Washington (como un hecho cumplido) a pesar de reconocer que ese ultimátum no respetaba la voluntad mayoritaria de sus miembros violando el Derecho Internacional y la Carta de la ONU? ¿Acaso el Consejo no estaba obligado a emitir una resolución condenatoria imponiendo un ultimátum a Estados Unidos para suspender la agresión, y en caso de que éste no acatara dicho ultimátum conformar una fuerza multilateral al mando de la ONU para enfrentarlo, hacer cumplir la legalidad y defender el orden internacional existente? ¿Cómo justificar el hecho de que Alemania y Francia, a pesar de su oposición a la guerra, autorizaran en el Consejo de Seguridad el paso de los bombarderos estadounidenses, procedentes de Gran Bretaña, por sus espacios aéreos para destruir a Iraq?

¿Por qué haciendo eco a las orientaciones del embajador estadounidense en la ONU, John Negroponte, los miembros del Consejo evadieron olímpicamente el debate sobre las implicaciones del ultimátum de Washington y aceptaron sumisamente las responsabilidades que el embajador les asignaba (el cumplimiento de tareas humanitarias y de reconstrucción post-Saddam) en la guerra desatada por Estados Unidos? ¿Con ello, el Consejo no asumía una actitud de hipócrita complicidad colaborando indirectamente con Estados Unidos en los bombardeos sobre Iraq?

Esta serie de interrogantes plantea, si no la hipótesis, al menos la conjetura de que el *impasse* surgido al interior del Consejo de Seguridad, a raíz de la nueva

resolución propuesta por Estados Unidos con el apoyo de Inglaterra y España, fue proyectado y promovido por la Casa Blanca para justificar la ruptura y la división del Consejo, y mostrarlo como irrelevante y superfluo, deslegitimando y desvirtuando definitivamente el poder de veto de los otros miembros permanentes con el fin de evidenciar su debilidad y consolidar el poder y la supremacía mundial de Estados Unidos como única potencia hegemónica dominante en un nuevo escenario de absolutismo global.

La nueva propuesta de resolución contenía un ultimátum para el desarme de Iraq el 17 de marzo, así como un anexo de nueve puntos, adicionado por Blair, en el que se exigía a Hussein que declarara ante la televisión iraquí haber mentido, que reconociera públicamente que poseía armas de destrucción masiva y que estaba dispuesto a desarmarse, términos de salida inaceptables e innegociables, tanto al interior del Consejo como para el gobierno iraquí. Dicha maniobra parecía destinada a hacer abortar toda negociación, y la pasividad y resignación de los demás miembros de este organismo, por acción o por omisión, permitieron el desencadenamiento unilateral de la guerra, convirtiéndose en mudos espectadores de esta conspiración.

Así, luego de casi seis meses de acosos y presiones sistemáticas incubadas a lo largo del primer año después del 11 de septiembre para legitimar una guerra contra Iraq, Estados Unidos, liderado por la administración Bush, condujo a las Naciones Unidas a una encrucijada histórica sin precedentes (Pernett, 2003).

Como corolario de esta muestra de debilidad del Consejo de Seguridad frente a Estados Unidos, y en medio de la más bochomosa apología al poder y la fuerza, los medios de comunicación –haciendo coro a la arrogancia de Washington y ocultando u olvidando la gravedad del momento histórico que se vivía– se dedicaron al conteo regresivo de las 48 horas “otorgadas” por Bush a Hussein para abandonar Iraq con sus hijos, hipnotizados por la ansiosa espera sadomasoquista de la anunciada lluvia de bombas con que el Pentágono amenazaba iluminar el amanecer iraquí. Como si se tratara de un espectáculo circense con el que podrían satisfacer morbosamente la angustiada espera de sus espectadores, mostrando de esta forma el inicio de la guerra, como el inevitable desenlace de una película de suspenso.

Finalmente, en la madrugada del 20 de marzo –hora de Bagdad–,⁸ cumplidas las 48 horas del ultimátum, Estados Unidos ataca Bagdad, dando inicio a la guerra, en un ataque calificado de “decapitación” contra Saddam Hussein,⁹ convertido –según versiones del Pentágono– en un blanco de oportunidad, y concluyendo así cerca de seis meses de presiones diplomáticas en la ONU y de hostigamiento militar en Oriente Medio.

⁸ La hora colombiana tenía hasta el primero de abril ocho horas de retraso con respecto a Bagdad donde eran cerca de las 5:35 de la mañana del 20 de marzo, por lo que en Colombia eran aproximadamente las 9:35 de la noche del 19 de marzo de 2003.

⁹ Según informes de la Cruz Roja este ataque dejó al menos un muerto y 14 heridos en la capital iraquí, y fue respondido por Bagdad con disparos de misiles contra Kuwait, que fueron interceptados con baterías *Patriot* por tropas estadounidenses destacadas en ese país.

Con este ataque daba inicio la guerra y la ocupación estadounidense en territorio iraquí, y con ello empezaban a escribirse, con trazos indelebles de sangre y destrucción, las primeras páginas en la historia de un absolutismo global, despótico y autoritario; erigido sobre las ruinas del 11 de septiembre y legitimado sobre la fuerza y el poder irracional de las armas, que sepultaban el caduco orden y la moribunda legalidad internacional de posguerra, abriendo un nuevo capítulo en los anales del siglo XXI.

Ante la sombría perspectiva que abría el "triumfo" estadounidense, cobraba vigencia la reflexión de Marx cuando, recordando a Hegel, anotaba cómo los hitos de la historia siempre se repiten, primero como tragedia y después como farsa.¹⁰

Corolario

Cuando lo devastador de la guerra parecía cada vez menos justificable ante la opinión pública mundial, el Consejo de Seguridad aprobó unánimemente el viernes 29 de marzo, –a nueve días de iniciadas las operaciones militares contra Iraq– la Resolución 1472, presentada por Estados Unidos para reanudar y reformar el denominado programa humanitario "Petróleo por Alimentos".¹¹ Con ello el Consejo se convertía en parte del conflicto, en lugar de condenarlo, y terminaba legitimando su continuidad y respaldando indirectamente la invasión militar estadounidense a ese país (*CNN en español*, 28 de marzo de 2003).

En efecto, la reanudación y reformulación de este programa, dirigido a asegurar ayuda humanitaria a los civiles afectados por la guerra, excluyendo de su manejo al gobierno iraquí para colocarlo bajo control y administración exclusiva del secretario general, Koffi Annan, –tal como se aprobó en la Resolución 1472– tendía a consolidar la subordinación de la ONU frente a los dictados de la Casa Blanca. Annan ya había mostrado su falta de independencia y autonomía frente a la administración Bush –según lo anotamos anteriormente– al suspender dicho programa poco antes del inicio de la ofensiva militar, a solicitud de Washington, ordenando el retiro de más de 300 trabajadores de ayuda humanitaria que supervisaban la distribución de suministros en Iraq. Sólo por esto, Annan no brindaba garantías de imparcialidad y de un manejo independiente frente a Estados Unidos.

No obstante, la nueva resolución autorizó a Annan, durante los 45 días siguientes, la realización unilateral de los ajustes necesarios, tales como evaluar los contratos firmados por el gobierno de Iraq y verificar su prioridad en cuanto a los

¹⁰ "Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una como tragedia y la otra como farsa" (Marx, 1955:230).

¹¹ Este programa, impuesto a Iraq por el Consejo de Seguridad, en la Resolución 986 del 14 de abril de 1995, y que entró en vigencia a partir de diciembre de 1996, pretendía subsanar el boicot a la venta de petróleo iraquí por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña tras la invasión a Kuwait en 1990; autorizando a Bagdad utilizar parte de sus exportaciones de crudo para comprar alimentos, medicinas y otros productos de uso civil, bajo la supervisión de la ONU y en co-administración con el gobierno iraquí.

suministros de salud y alimentos, eventualmente en favor del 60 por ciento de los 26 millones de iraquíes que dependían de dicho programa para sobrevivir.

Al excluir al gobierno iraquí de la administración de los fondos recaudados por la venta de su propio petróleo –cuyos contratos firmados al suspenderse el programa sumaban más de 10 mil millones de dólares (*El Colombiano*, 29 de marzo de 2003b:6a)– y al dejar flotando en el limbo al personal de la ONU encargado de distribuir la asistencia, dependiendo de “la situación militar”, el Consejo dejó también a su secretario general al vaivén de los intereses militares, y con ello al Programa de “Petróleo por Alimentos” y sus fondos, en manos del Pentágono.

¿Con esta decisión unánime acaso el Consejo de Seguridad no contribuyó a aligerar la carga humanitaria de la guerra, generada por las destrucciones estadounidenses que correspondería resarcir a la potencia agresora? Al asumir la administración del costo humano de esos daños, ¿no estaba la ONU avalando y facilitando el camino al agresor para realizar mayores destrucciones? ¿No estaba igualmente subrogando y contribuyendo a financiar los gastos de la reconstrucción en favor de Estados Unidos con el propio dinero iraquí? De la misma forma, al dejar en manos de la alianza anglo-americana la distribución de la ayuda a la población ¿no le otorgó un arma política al colocar a los iraquíes en una humillante condición de dependencia frente a las fuerzas invasoras para poder subsistir?

¿Cómo entender entonces las declaraciones del embajador alemán ante la ONU, Gunter Pleuger, –cuyo país se opuso enérgicamente a la guerra– quien después de presidir las negociaciones que condujeron a la aprobación de la resolución manifestó con orgullo que se trataba del “mayor programa de asistencia humanitaria en la historia de la ONU”, y que su rápida implementación era crucial para evitar un desastre?

Tal vez más justificadas aparecían las congratulaciones de Koffi Annan, a quien como nuevo administrador del Programa no faltaban motivos de satisfacción cuando dijo: “Estoy feliz de que hayamos sido capaces de adoptar esta resolución de manera unánime (...) Pienso que presagia un buen futuro en las tareas que tenemos por delante” (*Ibid*).

Cómo entender entonces la posición del Consejo de Seguridad, que no sólo tolera la invasión, sino que después de culminada la toma de Bagdad el 9 de abril aprueba, primero el 22 de mayo por 14 votos –sin apoyo de Siria–, la Resolución 1483 que levanta 13 años de sanciones contra Iraq, sin haberse comprobado previamente –tal como lo exigía una resolución anterior– la existencia de armas de destrucción masiva y sin que se hubiera producido el previo retiro de Estados Unidos del territorio iraquí. Luego, el 14 de agosto, según Resolución 1500, “Acoge con beneplácito el establecimiento el 13 de julio de 2003 del Consejo de Gobierno de Iraq”, impuesto por Estados Unidos como nuevo gobierno provisional y autoriza el envío de una misión de asistencia por un periodo inicial de 12 meses. Y, por último, el 16 de octubre, según Resolución 1511 aprueba por unanimidad –incluyendo a Siria– que “... los recursos de las Naciones Unidas y las organizaciones asociadas estén disponibles, si los solicita el Consejo de

Gobierno de Iraq", a la vez que autoriza "una fuerza multinacional bajo mando unificado", obviamente dominado por Washington, para contribuir presuntamente al mantenimiento de la seguridad y la estabilidad de Iraq (ver resoluciones en páginas WEB correspondientes, <http://www.un.org/spanish/>).

Vistos desde la perspectiva que brindan estos acontecimientos, orientados, por lo demás, a la lucha por el control del petróleo iraquí en la ONU, parecería como si se disolvieran en la bruma del tiempo aquellos meses tormentosos previos al conflicto, sumiendo en el olvido las justificaciones humanitarias esgrimidas por la Casa Blanca para presionar al Consejo de Seguridad, desde mediados de septiembre, y legitimar unilateralmente sus acciones bélicas contra Iraq, que frente a la cruel irracionalidad y devastación de la guerra perdieron toda consistencia y razón de ser.

¿Se trataba realmente de eliminar las armas de destrucción masiva –químicas, biológicas y nucleares–, de cuya posesión se acusaba a Bagdad, a pesar de los informes de UNMOVIC en sentido contrario y de que nunca aparecieron al culminar la invasión, o se trataba entonces de derrocar al presidente Saddam Hussein –incluida la posibilidad de su eliminación física–, por su vinculación con Al Qaeda, Osama bin Laden y los atentados del 11 de septiembre, pese a que la propia Central de Inteligencia Americana no había encontrado evidencia alguna de esa relación? ¿O se trataba de imponer un modelo de democracia de corte occidental en Iraq, a costa de su destrucción con demolidores bombardeos?

Con todo ello, se pretendía presentar la ofensiva bélica estadounidense como una guerra de liberación del pueblo iraquí, de la dictadura sanguinaria de Saddam Hussein. No obstante, ante la acción devastadora de las fuerzas estadounidenses, terminó transformada en una guerra de invasión y ocupación que trascendió a la figura de Hussein, convirtiéndose más bien en una prolongación estratégica de la ofensiva de Estados Unidos para consolidar su posición geopolítica en Oriente Medio, luego de afianzar su poder en Asia Central con la victoria sobre Afganistán, y logrando el control de las reservas energéticas de gas y petróleo, y sus vías de acceso en esas regiones, para ratificarse como potencia hegemónica del planeta en el siglo XXI, que no acepta que su supremacía sea disputada o cuestionada por otra potencia, abriendo paso a un modelo emergente de absolutismo global (*El Clarín*, <http://www.clarin.com/diario/hoy/i-01901.htm>).

Pero, ¿qué razones más estructurales, por encima de sus justificaciones humanitarias, impulsaron a Estados Unidos a desatar la guerra contra Iraq precisamente en el 2003, luego de doce años de sanciones y presiones impuestas contra ese país desde la Guerra del Golfo?

La respuesta a esta pregunta podría encontrarse en el trasfondo del incierto panorama macroeconómico de crisis global que había arrastrado la economía estadounidense a principios de siglo, y que a finales de 2002, cuando Bush intensificó su ofensiva diplomático-militar para atacar a Iraq, había conducido a Estados Unidos a una compleja recesión económica en la que simultáneamente tendían a combinarse la pronunciada caída de las tasas de interés a mínimos históricos con un proceso deflacionario en la economía mundial.

Esta combinación explosiva –particularmente crítica en Estados Unidos y Japón–, relentizaba aún más el ya debilitado ciclo económico global, al neutralizar, como resultado de la deflación de los precios, el efecto estimulante que podía ejercer sobre los inversionistas la caída de las tasas, conduciendo, por el contrario, a un proceso de estancamiento general del sistema capitalista que frenaba la recuperación y amenazaba con devenir en una depresión mundial.

Frente a esta coyuntura, la guerra contra Iraq y el control sobre el petróleo iraquí podían jugar un papel estratégico y brindar una salida a la crisis, particularmente para Estados Unidos, aunque fuera de manera coyuntural, en la medida en que el conflicto actuara como un agente dinamizador de la economía que contrarrestara la recesión, al revertir la acción paralizante de la confluencia entre tasas de interés decrecientes y deflación.

Por un lado, porque el conflicto podría tender a contener la deflación, al estimular inicialmente un proceso inflacionario, derivado del incremento de los precios del petróleo, resultado de los riesgos e incertidumbre generados por la guerra en la principal región petrolera del planeta, frenando con ello los fenómenos deflacionarios emergentes. Esto podría favorecer un eventual relanzamiento de la economía estadounidense que, como resultado de la victoria militar en Iraq, terminaría dominando las reservas de crudo en ese país –segundas en importancia–, y regulando la oferta mundial de petróleo después del conflicto. Tal situación, le permitiría –disparando la producción petrolera iraquí en la posguerra– reducir nuevamente sus precios a niveles adecuados a las necesidades de consumo estadounidense, para equilibrar el ciclo económico, debilitar y someter definitivamente a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y enfrentar la competencia económica de Europa –cuyas importaciones y consumo de petróleo quedarían controladas por Estados Unidos– y China por el control del mercado mundial, al convertir el precio del combustible en un arma política a favor de los proyectos de expansión y dominación hegemónica global de Washington.

Por otro lado, la guerra también podría revertir la caída de las tasas internacionales de interés, como consecuencia del efecto indirecto que su costo ejerce sobre la economía estadounidense, ya que para Estados Unidos la financiación de un conflicto en el que se encuentra relativamente más aislado que en el del Golfo Pérsico o en el de Afganistán, determina que el gasto total de la misma, al principio estimado en unos 100 mil a 200 mil millones de dólares, deba ser asumido mayoritariamente por Washington. Esto, en momentos críticos, cuando el déficit fiscal del Estado asciende entre unos 300 mil y 400 mil millones, y cuando la política de reducción de impuestos de la Casa Blanca, a favor de los grandes capitales, reduce los recaudos y tiende a incrementar dicho déficit.

Todo ello tendía a inducir al gobierno estadounidense a buscar recursos frescos en los mercados de capitales, presionando probablemente al alza la demanda de dinero y generando un eventual recalentamiento del mercado monetario, y con ello el subsiguiente incremento de las tasas de interés.

Coincidencia o premeditación, lo cierto es que como resultado de la guerra, la Casa Blanca parece haber intentado matar dos pájaros de un tiro, por un lado

revertir a su favor un proceso deflacionario en ciernes que, paralelo a la caída de las tasas de interés, amenazaba seriamente su *status* de primera potencia mundial; y por el otro, inducir una eventual reactivación de su economía evitando una profunda depresión.

No obstante, como una inflación inducida por el aumento de los precios del petróleo y sus derivados se produciría vía costos de producción y no por un incremento de la demanda en el mercado –aunque generaría de todos modos un efecto multiplicador en toda la economía–, su resultado podría ser de alcance limitado sin lograr revertir totalmente las tendencias deflacionarias, agravando aún más la recesión en el caso de que efectivamente las tasas se incrementaran como resultado de la demanda de capitales por parte de Estados Unidos para financiar la guerra y la reconstrucción post-Saddam. Lo que, transcurridos cerca de seis meses después de terminada la guerra, no ha ocurrido exactamente, pero sí pareció permitir una relativa estabilización de las tasas, o al menos detener su caída.

De ahí la importancia que tenía una victoria rápida contra Hussein en una guerra corta, que permitiera controlar con rapidez la producción de petróleo iraquí, con la subsiguiente manipulación de la oferta; intervenir los precios del crudo en el mercado mundial para reducir en la post guerra los costos de producción; incentivar la inversión y contrarrestar el efecto desestimulante de la deflación, induciendo un proceso inflacionario manejable que retroalimentara a su vez el eventual incremento de las tasas.

En medio de un panorama internacional tan confuso, esta compleja ecuación económica, de resultados muy aleatorios e inciertos, podría, de todos modos, aportar una respuesta a las interrogantes planteadas al inicio de este trabajo, especialmente a aquello que se cuestiona de si el proceso de globalización neoliberal arrastró al mundo a una depresión económica sin precedentes, donde la alternativa de la guerra se presenta como la única salida posible para sobrevivir al hundimiento general del sistema.

La respuesta a esta última pregunta podría situarnos en el meollo de las motivaciones internas de la guerra y de sus posibilidades de éxito para aportar una salida a la crisis.

En efecto, a fines de 2002, cuando la administración Bush promovía en la ONU el inicio de la guerra –cuyo despliegue militar preparaba simultáneamente en Medio Oriente– las autoridades económicas de Estados Unidos anunciaban el final de la recesión en la economía estadounidense. Sin embargo, a principios de 2003, el fantasma de la recesión seguía rondando Wall Street, justificado entonces por la inestabilidad que en el mercado generaba la incertidumbre acerca del inicio de la guerra.

Una vez iniciado el conflicto, y luego de una semana de optimismo –que disparó los índices Dow Jones y Nasdaq, el valor del dólar, y redujo el precio del petróleo y del oro, como resultado del entusiasmo generado por el impacto psicológico de la operación de “shock y pavor” con la que el Pentágono inició sus devastadores bombardeos contra Iraq–, el temido fantasma de la recesión seguía presente, esta vez justificado por la nueva inestabilidad que generaba en el mercado la mayor incertidumbre acerca del fin de la guerra. Dicha inestabilidad era

alimentada también por los altibajos surgidos en el frente de batalla que, sumados a los cuestionamientos al interior del propio Estados Unidos sobre la efectividad de la estrategia militar del secretario de defensa, Rumsfeld, desenterraron el espectro de una guerra larga que amenazaba con acentuar aún más la recesión.

Así, al vaivén de la guerra, subían y bajaban como espuma los indicadores económicos, de tal forma que cada "éxito" de la coalición británico-estadounidense en el frente elevaba las cotizaciones de las bolsas y el dólar, y bajaban el precio del petróleo, del oro y los bonos del tesoro; mientras que sus traspiés mejoraban los de estos últimos, deteriorando los primeros e induciendo una espiral especulativa enlodada en sangre, muerte y devastación, que se nutría de la lógica económica de la guerra y retroalimentaba su efecto destructor.

Terminada la guerra e iniciada la ocupación de Iraq, el mismo espectro de la recesión seguía amenazando a la primera potencia del mundo y a todos sus allegados en el entorno global, ahora justificado por los desacuerdos surgidos al interior del Consejo de Seguridad sobre el papel de la ONU en la administración y reconstrucción de Iraq y la derrota política y militar que Estados Unidos empezaba a sufrir como resultado de la resistencia iraquí. En definitiva, por una cosa o por otra, los esperados síntomas de reactivación económica no se avizoraban claramente en el horizonte.

Ya finalizada la guerra, ¿la denominada era post Saddam conducirá a la esperada recuperación económica, o surgirán ahora nuevos factores de inestabilidad originados por otros agentes de incertidumbre? ¿Serán los esperados negocios montados sobre la reconstrucción de post guerra y, previamente repartidos entre los "vencedores", la panacea de la crisis económica global, o será necesario esperar nuevas guerras para vislumbrar en un futuro incierto esa prosperidad capitalista hasta ahora inalcanzada?

Vale la pena recordar que mientras la FED recortó trece veces las tasas de interés entre 1991 y 1992, después de la guerra del Golfo, desde un 7 por ciento hasta el 3 por ciento (Karmin, s/f), el 1 por ciento en que la tasa se encuentra actualmente deja a la FED menos espacio de maniobra para continuar rebajando dichas tasas, en caso de que la ocupación se complicara o si la economía se debilitase aún más. Esto, considerando que los doce recortes realizados entre 2001 y 2002 no sirvieron de mucho para reactivar la economía estadounidense, en la medida en que no es la falta de dinero, ni el tipo de interés excesivamente alto los responsables de la crisis, sino que ella parece derivarse de la sobreproducción de mercancías y el consiguiente exceso de capacidad de las empresas, originados en la estrechez del mercado, el desempleo y la pobreza de los consumidores.

De todos modos la guerra e invasión de Estados Unidos contra Iraq puede favorecer coyunturalmente las necesidades de recuperación económica del sistema, necesidades que las medidas fiscales y monetarias implementadas por el gobierno no han podido satisfacer, y donde el petróleo iraquí jugaría un rol determinante, como parece mostrarlo el crecimiento superior al 7 por ciento del PIB estadounidense en el tercer trimestre de 2003. A corto plazo porque, como anotábamos, su control permite a Washington asegurar la manipulación de los pre-

cios del crudo gracias a la regulación de la oferta, para enfrentar la dura recesión que amenaza resquebrajar su economía y hundir al mercado mundial en su conjunto. A largo plazo porque este control –ejercido gracias a la dominación del Medio Oriente y el Golfo Pérsico, reconfigurando el mapa político de la región en favor de sus intereses geoestratégicos– constituye un paso de avanzada para extender, consolidar y prolongar su predominio internacional como única superpotencia mundial por encima de Europa y Asia, enfrentando la crisis de hegemonía que abate sus cimientos económicos, junto con los de todo el sistema de posguerra, del que otrora extrajo su fuerza imperial ahora agotada.

De lo anterior puede concluirse que el objetivo real y fundamental de la guerra, parcialmente alcanzado el 9 de abril, se orientaba a la invasión y conquista del territorio de Iraq, una vez expulsado del país Saddam Hussein, para ejercer la dominación geopolítica del área y controlar tanto sus reservas de crudo como su infraestructura petrolera.

Así, después de la invasión de Bagdad patéticamente simbolizada en el derumbe de la enorme estatua de Hussein situada en el centro de la ciudad, evento televisado para todo el mundo como símbolo de victoria, y luego de la toma de Tikrit –cuna del presidente y último emblemático bastión de la resistencia iraquí–, el presidente Bush anunció orgulloso, a mediados de abril, el “glorioso” triunfo estadounidense alcanzado en su guerra contra Iraq en menos de un mes.

Terminada la guerra –aunque en medio de una creciente ofensiva de las fuerzas de resistencia iraquí–, sin rastros de Hussein ni de las armas de destrucción masiva que tanto preocuparon a Bush, y una vez invadido y ocupado Iraq junto con sus campos petrolíferos, el recuerdo del presidente iraquí y de sus armas destructivas probablemente pasarán muy pronto al olvido, como ocurre con Ben Laden y Al Qaeda en Afganistán. Sin embargo, la amenaza de la recesión económica, que continúa atenazando a la economía estadounidense y desvelando a su presidente, sigue latente y la administración Bush, atemorizada por la crisis de hegemonía que ronda la Casa Blanca y estremece a Wall Street, parece empeñada en continuar buscando en la guerra –eventualmente contra Siria o quizá contra Irán– la panacea universal para superar su profundo desfase estructural y afianzar de nuevo el erosionado *status* de su poder imperial.

Fuentes bibliohemerográficas

CNN en Español (2003), “La crisis con Iraq llegará a un final en semanas, asegura Powel”, Washington, 6 de febrero, en <http://cnnespanol.com/2003/americas/eeuu/02/06/powell_iraq/>.

— (2003), “Bush advierte a Saddam Hussein que ‘el juego terminó’: Saddam Hussein será detenido”, Washington, 7 de febrero, en <<http://cnnespanol.com/2003/mundo/02/07/bush.iraq/>>.

— (2003), “Annan ordena la salida del personal de la ONU en Iraq”, Washington, 17 de marzo, en <<http://cnnespanol.com/2003/mundo/03/17/annan/index.html>>.

- (2003), "Francia podría ayudar a Estados Unidos si Iraq usa armas químicas o biológicas", Washington, 18 de marzo, en <<http://cnnespanol.com/2003/mundo/03/18/francia.guerra/index.html>>.
- (2003), "La ONU aprueba un plan de ayuda humanitaria para Iraq", Washington, 28 de marzo, en <http://cnnespanol.com/2003/mundo/03/28/onu_iraq/index.html>.
- EL CLARÍN (s/f), "Diez claves para entender la guerra", Buenos Aires, en <<http://www.clarin.com/diario/hoy/i-01901.htm>>.
- EL COLOMBIANO (2003), "Estados Unidos prepara un ultimátum para Iraq y pierde la paciencia con Turquía", Medellín, 20 de febrero, en <<http://www.elcolombiano.terra.com.co/historicod/200302/20030220/nun005.htm>>.
- (2003a), "Estados Unidos listo para la guerra. Turquía bajo la protección de la OTAN", Medellín, 20 de febrero, en <<http://www.elcolombiano.terra.com.co/historicod/200302/20030220/nun005.htm>>.
- (2003b), "Vuelve 'Petróleo por Alimentos'", en *El Colombiano*, Medellín, 29 de marzo.
- EL MUNDO (2002), "Todo apunta hacia Iraq", en *El Mundo*, Medellín, 14 de septiembre.
- EL TIEMPO (2002), "Viernes negro en bolsas", en *El Tiempo*, Santa Fe de Bogotá, 20 de julio.
- KARMIN, Craig (s/f), "El repunte bélico ignora las diferencias históricas", en *The Wall Street Journal*, Washington, <http://online.wsj.com/public/article/0SB1048458552870843480,00.html?mod=spanish_whats_news>.
- MARX, Carlos (1955), *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Moscú, Editorial Progreso, tomo I.
- (1973), *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, tomo I.
- (1975), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 4ª edición.
- MEYSSAN, Thierry (2002), *La terrible impostura: 11 de septiembre de 2001, ningún avión se estrelló en el Pentágono*, Argentina, Editorial El Ateneo.
- OBSERVATORIO POLÍTICO, *El orden del 11 de septiembre*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- PERNETT GARCÍA, Erick (2001), "11 de septiembre: repercusiones mundiales", en *Revista Lectiva*, Medellín, núm. 5.
- (2001a), "Globalización, crisis del capitalismo y ataque a Estados Unidos. ¿Del neoliberalismo al neoproteccionismo?", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA, FCPyS, UNAM, nueva época, núm. 16, julio-diciembre.
- (2003), "Naciones Unidas: una encrucijada histórica", en *El mundo es una nota* (programa radial), Medellín, Emisora Cultural, Universidad de Antioquia, 16 de marzo, Director Erick Pernet.
- VENGOA FAZIO, Hugo (2002), *El mundo después del 11 de septiembre*, Colombia, Alfaomega Grupo Editor/Universidad Nacional de Colombia.